

Pandillas juveniles: ¿límites cotidianos a la construcción de igualdades?¹

Jorge Thieroldt Llanos

INTRODUCCIÓN

¿Qué es lo que algunos jóvenes de nuestra ciudad hacen para ser señalados como *pandilleros*? ¿Qué sentido tienen las acciones y motivaciones de un joven *pandillero*? ¿Por qué es tan difícil para estos jóvenes tratar como “iguales” a quienes no pertenecen a sus barrios? Estas constituyen las preguntas que guiaron la investigación (una experiencia que puede ser considerada “micro sociológica”) desde la cual pretendo contribuir a la reflexión en torno a la noción de *sociedad civil*.

La información fue recogida dentro del marco de una investigación mayor acerca de los jóvenes y la violencia alrededor de los estadios de fútbol en Lima² que me permitió conocer, entre 1998 y el 2001, a jóvenes de distintos sectores de la ciudad etiquetados bajo el rótulo *pandillero*.

Con respecto a la metodología quiero detallar lo siguiente. Los seis primeros meses me dediqué a desentrañar el significado de las palabras que caracterizaban la jerga de los jóvenes *pandilleros* y que hasta ese entonces nunca había

¹ Este documento ha sido elaborado sobre la base de la tesis de licenciatura en sociología, sustentada por el autor en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú en julio del 2003, titulada *Pandilleros y ciudadanos: el retorno a lo básico*.

² Investigación, a cargo del profesor Aldo Panfichi, que actualmente se encuentra en la etapa de redacción final.

escuchado, pese a vivir en la misma ciudad y tener la misma edad que muchos de ellos. Transcurrido ese lapso consideré que ya había observado lo suficiente como para empezar a realizar entrevistas semiestructuradas que buscaron corroborar qué tanto había yo entendido su jerga y conversar acerca de las situaciones que los había visto enfrentar (como las peleas colectivas y los robos a los transeúntes). Luego, poco a poco, comencé a explorar en sus recuerdos biográficos.

Mi interés principal fue construir un modelo que nos permita comprender cómo los jóvenes en cuestión ordenan el mundo, cómo construyen pequeños grupos con límites definidos y por qué es que se alejan de ellos. De ahí el interés en recoger sus propias categorías. Por lo tanto, debe quedar claro que el punto de partida de la investigación fueron las experiencias de los jóvenes considerados *pandilleros*.

Queda pendiente acercarse a los jóvenes que, viviendo en los mismos vecindarios, no integran dichas agrupaciones ni reciben la misma etiqueta social. Consideramos de importancia recoger las voces de los jóvenes *no pandilleros*, pues contar con dicha información nos permitiría realizar un ejercicio comparativo de trayectorias de vida mucho más completo para poder conocer mejor estas peculiares formas de socialización.

LAS TENSIONES DE LA SOCIEDAD CIVIL

Como es de conocimiento general, la expresión *sociedad civil* ha recogido diferentes ideas y significados a lo largo de los años por parte de distintas corrientes de pensamiento. De acuerdo a Norberto Bobbio, el difundido uso

residual que hoy le damos a esta noción, como aquella “esfera de las relaciones sociales que no está regulada por el Estado” o aquella área que queda fuera de la “esfera de relaciones políticas”, se debe a escritores alemanes y en particular a Hegel y a Marx.³ Según Bobbio, dentro del esquema planteado por Marx, *sociedad civil* vendría a significar “aquel conjunto de las relaciones interindividuales que están fuera o antes del estado”, relaciones establecidas por hombres independientes y unidos por vínculos de intereses privados.⁴

Para el estudio de las *pandillas* juveniles dentro de un contexto social más amplio, la definición de Jeffrey Alexander sobre *sociedad civil* tiene gran pertinencia, ya que este autor no pierde de vista que los seres humanos son grandes tejedores de relaciones sociales y por lo tanto permanentes constructores de pequeños y grandes sentidos de comunidad. A diferencia de su punto de vista, según Alexander, “Marx y la teoría crítica han empleado el concepto para confirmar la desaparición de la comunidad, para levantar acta del mundo de los individuos egoístas y autorregulados surgido al calor de la producción capitalista”.⁵

La definición de Alexander coincide en parte con ese sentido de contraposición con el Estado, en tanto la define como una “esfera o subsistema de la sociedad que está analítica y, en diferentes grados, empíricamente separada de las esferas de la vida política, económica y religiosa”, pero para este autor, *sociedad civil* es, sobre todo, “una esfera de solidaridad en la que el universalismo abstracto y las

³ Bobbio, Norberto. Estado, gobierno y sociedad, por una teoría general de la política. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2002. pp.39-40

⁴ Bobbio, Norberto. pp.46-47

⁵ Alexander, Jeffrey. Sociología cultural: formas de clasificación en las sociedades complejas. Barcelona: Anthropos; FLACSO, 2000.p.141

versiones particularistas de la comunidad se encuentran tensionalmente entrelazados”.⁶ En mi opinión, imaginar la *sociedad civil* como una “esfera de tensiones” es una inteligente manera de evitar la reducción en la que incurren muchos enfoques analíticos, algunos por priorizar las partes (los individuos) y otros por priorizar el todo (los colectivos).

De acuerdo con Rafael Gobernado, la contraposición y complementariedad que existe entre el Estado y la *sociedad civil*, junto con otras duplas de conceptos (como por ejemplo entre actor y estructura, o entre acción y relación), es parte de la disyuntiva que embarga a quienes confeccionan mapas sociales y que tiene su origen en dos tradiciones sociológicas de antiguas raíces difícilmente reconciliables: la tradición individualista y la tradición colectivista.

De acuerdo con Gobernado, es gracias a esta disyuntiva de tradiciones sociales que usualmente “entendemos por sociedad civil el resultado organizacional del libre juego de los intereses individuales (privados). Por el contrario, el Estado, en principio, pretende un resultado organizacional basado en el interés colectivo mediante el ejercicio legítimo de la coacción”.⁷

A mi entender, el concepto de *sociedad civil* que Jeffrey Alexander propone resulta bastante ágil ya que permite visualizar un mapa social en el que se encuentran y negocian constantemente discursos individualistas y discursos colectivistas. En ambos lados, en el que supuestamente reina un sentimiento de igualdad absoluta (*sociedad civil*) y en el opuesto, en el que debe predominar una

⁶ Alexander, Jeffrey. p.142

⁷ Gobernado, Rafael. Individualismo y colectivismo en el análisis sociológico. EN: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. N°85, 1999. p.12

ideología colectivista (Estado), las personas de carne y hueso establecen vínculos cotidianamente e institucionalizan múltiples sentimientos de comunidad que se traslapan entre sí.

Constantemente las personas reales (ya sean simples ciudadanos de a pie o importantes autoridades públicas) tienen que decidir sus cursos de acción en medio de la “tensión” que produce el tener que optar entre intereses comunitarios de todo tipo y beneficios propios.

Adela Cortina, con un lenguaje muy sencillo, nos permite visualizar cómo dentro de esa esfera conocida como *sociedad civil* coexisten, “tensamente”, tanto intereses individuales y colectivos, como sentidos de igualdad y comunidad: “En la sociedad civil hay de todo, como en botica: asociaciones movidas por intereses solidarios y universalizables, como ciertas Organizaciones Cívicas (...) grupos religiosos y de voluntariado; pero también sociedades secretas, fundadas para defender sólo a los asociados, grupos profesionales corporativistas, mafias de todo tipo, narcotraficantes, grupos de amigos de un artista de cine. En estos casos los grupos no se crean para enseñar civilidad, sino con fines diversos, algunos de los cuales pueden ser abiertamente ‘anticívicos’”.⁸

Alexander presta también una gran atención a la dimensión simbólica que define quiénes se encuentran y se sienten aceptados dentro de una sociedad y quienes quedan fuera de sus márgenes: “cuando los ciudadanos vierten juicios sobre quién debería ser incluido en la sociedad civil y quién no, sobre quién es amigo y

⁸ Cortina, Adela. Ciudadanos del mundo, hacia una teoría de la ciudadanía. Madrid: Alianza Editorial, 1998. p.138

quién enemigo, cuentan con el apoyo de un código simbólico sistemático y enormemente elaborado”.⁹

Este código simbólico se levanta sobre la base de un discurso binario o bipolar ya que “quienes se consideran a sí mismos miembros legítimos de una comunidad (como muchos individuos dan por supuesto) se definen a sí mismos a partir del polo positivo de este asentamiento simbólico; definen a aquellos que no pertenecen a la comunidad desde un punto de vista de la maldad”.¹⁰

De acuerdo con Alexander, dicho discurso binario contempla los *motivos* de los actores, las *relaciones* que establecen y las *instituciones* que construyen. El polo positivo, el de la “bondad”, estaría fuertemente asociado al ideal “democrático”; mientras que el polo negativo, el de la “maldad”, sería el “contrademocrático”.

Ya que este autor presenta una larga lista de características atribuidas a cada polo, para el objetivo de este texto basta con realizar una breve reseña. Con respecto a los *motivos*, la racionalidad, la sensatez, el autocontrol, el activismo y la autonomía, entre otras, serían las características de quienes se ubican en el polo positivo del discurso. Por el contrario, la irracionalidad, la imprudencia, la excentricidad, la pasividad y la dependencia, serían las características de quienes ocupan el polo negativo.

Con respecto a las *relaciones* sociales, del lado “democrático” estarían quienes establecen relaciones abiertas, se muestran confiados, y tratan “a sus prójimos

⁹ Alexander, Jeffrey. p.145

¹⁰ Alexander, Jeffrey. p.146

más como amigos que como enemigos”.¹¹ Del otro lado se encontrarían quienes construyen sociedades cerradas, se muestran suspicaces, y consideran a “los foráneos como enemigos”, en otras palabras, “el polo negativo hace referencia a la estructura solidaria en la que el respeto mutuo y la integración social expansiva han quebrado”.¹²

De acuerdo con Alexander, este discurso acerca de los motivos y las relaciones se extiende hasta la comprensión de las *instituciones* que se construyen en sociedad: “si los miembros de una comunidad nacional son irracionales en cuanto a los motivos y desconfiados en las relaciones sociales, edificarán, naturalmente instituciones que son arbitrarias más que reguladas por normas, que subrayan más el poder bruto que la ley y la jerarquía más que la igualdad, que son más excluyentes que integradores y fomentan la lealtad personal por encima de la obligación impersonal y contractual”.¹³

VINCULACIONES Y DESVINCULACIONES

Líneas arriba se ha visto cómo corremos el riesgo de mirar la sociedad como un conjunto de partículas sin vinculación o como un conjunto de colectivos irreconciliables. Tal vez ese riesgo nos acecha porque generalmente perdemos de vista ese poco concreto cuerpo de intereses y obligaciones mutuos que nos permite sentirnos miembros de un colectivo mayor y diluir nuestras membresías e identidades particulares.

¹¹ Alexander, Jeffrey. p.148

¹² Alexander, Jeffrey. p.149

¹³ Alexander, Jeffrey. p.149

Una de las tareas más importantes para la coexistencia social es el fortalecimiento de sentidos de pertenencia cada vez más abstractos y de mayor amplitud que nos permitan entrar en diálogo y reconocimiento con otros que tenemos por distintos. Para ser efectivos, dichos sentidos de pertenencia tienen que facilitar sentimientos de “igualdad” entre personas distantes cultural y geográficamente. Pero, la “igualdad” no es una condición intrínseca a la naturaleza humana, sino que se define alrededor de una gran diversidad de elementos (lo mismo que la “desigualdad”).

El modelo que traté de construir luego de mi trabajo de campo para entender las acciones y motivaciones de los jóvenes etiquetados como *pandilleros*, considera los *sentimientos* y las *normas* como elementos teóricos claves para entender las “igualdades” y “desigualdades” que se construyen cotidianamente.

Hoy en día, el sentido de pertenencia más efectivo con el que contamos es el nacional, pero también es uno de los más problemáticos ya que su vigencia depende de un equilibrio de inclusiones y exclusiones, a nivel externo e interno. Edgar Morín, por ejemplo, opina que aunque en apariencia nuestros estados-nación han agotado su “función histórica”, aún representan “una fuerza antropohistórica considerable que debe avanzar tanto en la democratización interna como en su integración en asociaciones más amplias, hasta la consideración de una ciudadanía planetaria”.¹⁴

La naturaleza de este texto nos obliga a prestar atención hacia el interior de estos agregados sociales y para ello, tomaremos una de las ideas de Ander Gurruchaga.

¹⁴ Morín, Edgar. Identidad nacional y ciudadanía. EN: *Las ilusiones de la identidad*. Pedro Gómez García (coord.). Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.

Para este autor, pese a que el discurso nacional es un invento “moderno” que intenta homogenizar culturalmente el interior de sus territorios disolviendo sentidos particulares de pertenencia, en la práctica este discurso no operaría “racionalmente”, ya que pretende convertirse en el sustituto ideal de dichos sentidos, en un nuevo motivo de adscripción.¹⁵ Dentro de este esquema, para Gurruchaga los conflictos intra nacionales son episodios en los cuales dentro de un territorio “estatalmente definido, emerge un grupo que ha elaborado un sentimiento de comunidad y lo lanza contra la definición de la realidad dominante en ese territorio”.¹⁶

Usualmente los dialectos lingüísticos regionales, los mitos de origen disidentes, la diversidad religiosa y la variedad étnica son considerados factores potenciales de desintegración nacional, pero ¿qué pasa cuando dentro de una misma ciudad sus habitantes, hablando un mismo idioma, creyendo en el mismo dios y cantando el mismo himno nacional construyen nosotros distintos en cada esquina?

En mi opinión, la característica más distintiva y peculiar del proceso de socialización primaria de los jóvenes *pandilleros* es la temprana construcción de vínculos de intercambio teniendo la calle, y no el hogar, como escenario principal. Las escenas iniciales de los relatos autobiográficos que recogí, con y sin grabadora, están marcados por el recuerdo de un esfuerzo por la sobrevivencia en compañía de vecinos de similar o de mayor edad en la misma situación: grupos de niños y jóvenes que salen de sus barrios a vender golosinas,

¹⁵ Gurruchaga, Ander. La problemática realidad del estado y la nación. EN: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. N°49, 1990.

¹⁶ Gurruchaga, Ander. p.112

cantar en los microbuses y arrancar carteras. Escenas que además veía repetirse mientras caminaba por sus esquinas.

La propuesta de este artículo consiste en señalar que el origen de esos grupos que señalamos con la palabra *pandilla* se encuentra precisamente en ese ejercicio de intercambios o prestaciones de ayuda entre niños y jóvenes que no encuentran otra manera de satisfacer sus múltiples necesidades.

Si nos detenemos por un instante para pensar en las actividades que distinguen a los jóvenes *pandilleros* del resto de jóvenes de la ciudad (de Lima), vamos a llegar a la conclusión que son dos: las peleas colectivas en las que se enfrascan dos grupos distintos, y los robos. Actividades en las que demuestran un escaso sentido de responsabilidad hacia los otros en general que no pertenecen a sus grupos: hacia los jóvenes de otros barrios a los que buscan lastimar físicamente en cada uno de los enfrentamientos y hacia los transeúntes que se encuentran con ellos en sus esquinas.

Estos jóvenes satisfacen un sinfín de necesidades mediante su participación en pequeñas redes de intercambio y, esa dinámica de vinculaciones y desvinculaciones, provoca una suerte de sobrevaloración de algunas pocas relaciones locales y el desinterés por comprometerse con un colectivo mayor. De esta manera, una gran cantidad de jóvenes construyen sentidos de pertenencia extremadamente particulares sobre la base de cooperaciones cotidianas.

Si bien las *pandillas* no construyen discursos políticos, esta dinámica de pequeñas sobrevaloraciones y grandes desprecios constituye una peligrosa manera de definir la realidad que se expresa en palabras y frases curiosas, que en

Lima resulta cada vez más frecuente encontrarlas, por ejemplo, en programas cómicos y periódicos de bajo costo.

CONTORNOS DE COMUNIDAD

Sobre la base de conceptos como *sentimientos* y *normas*, la propuesta teórica de Agnes Heller resulta bastante útil para delinear contornos de comunidad dentro de una sociedad, y estudiar cómo sus miembros construyen pequeños colectivos desentendiéndose de sus compromisos y responsabilidades con la comunidad mayor.

Heller define los *sentimientos* en general como aquellas “señales” que nos indican si es que “todo se encuentra en orden” con respecto a la implicación (o relación) de mi “yo” con “algo”.¹⁷ Es decir, cómo nos relacionamos con otras personas, ideas, objetos materiales e incluso con nosotros mismos. Los *sentimientos* nos indican acerca de nuestro estado de “normalidad” biológica (aquí podemos pensar en lo que entendemos por “salud”) y acerca de nuestro estado de “normalidad” social (aquí podemos pensar en lo que entendemos por lo “deseable”).

Según esta autora, los *sentimientos*, en general, cumplen una importante función de regulación y preservación. Los *sentimientos* son señales que nos orientan, entre otras cosas, acerca de la marcha de nuestras relaciones sociales.

¹⁷ Heller, Agnes. Teoría de los sentimientos. Barcelona: Fontanamara, 1982.

Básicamente, una *norma* es una idea que ocupa las mentes de los miembros de un grupo, idea que surge sobre la marcha de las relaciones sociales, cobra “vida propia”, trasciende a los individuos, e influye sobre ellos en tanto es una idea que expresa y especifica lo que los miembros de dicho grupo, en determinadas circunstancias, deben hacer o se espera que hagan.¹⁸

En general, cuando nos referimos a una *norma* nos referimos a una “expectativa” con respecto a la acción de los otros miembros del colectivo. Por lo tanto, la construcción de *normas* sociales puede ser entendida como un proceso de construcción de seguridad o certeza, ya que establece márgenes de predictibilidad acerca de la conducta de otras personas.

Esta última cualidad de las *normas* sociales no solo nos lleva a colocar este concepto en la esfera del deseo, sino que también nos lleva a pensar en su cercanía con el concepto anterior: ¿una expectativa no es un *sentimiento*? Ya que todos los teóricos coinciden en que no hay *norma* sin castigo, ¿no son los *sentimientos* los fundamentos de las *normas*? ¿*Sentimientos* y *normas* son conceptos que expresan una sustancia similar? Frente a interrogante, Jon Elster nos dice que ambos conceptos son como “hermanastras”,¹⁹ ya que se apoyan, limitan y sobrepasan entre sí. De acuerdo con Elster, las *emociones* participan de todas las *normas* sociales, como factores de imposición externa (por ejemplo, los ojos indignados del colectivo que nos hacen sentir vergüenza) o interna (por ejemplo la culpa que nos castiga en solitario). Al mismo tiempo, las normas regulan la expresión de las emociones y hasta las emociones mismas.²⁰

¹⁸ Homans, George. El grupo humano. Buenos Aires: EUDEBA, 1971.

¹⁹ Elster, Jon. Egonomics. Barcelona: Gedisa, 1997.

²⁰ Elster define “emociones” de la misma manera que Heller define “sentimientos”.

Desde la propuesta teórica de Heller podemos dibujar contornos de comunidad utilizando su conceptualización de *sentimientos* formulando preguntas del tipo ¿frente qué nos movilizamos? ¿qué ideas o hechos suscitan nuestra atención? ¿qué nos indigna o qué nos conmueve? En este sentido, el mundo de las emociones o sentimientos se convierte en un importante indicador sobre la fortaleza de aquellos cada vez más amplios y abstractos sentidos de pertenencia que queremos construir: “cuanto más extensas sean la integraciones y más generales los conceptos con los que me identifico, más amplio es el círculo de mi implicación; no solo me produce un impacto la muerte del vecino, sino que me hago capaz de llorar incluso la muerte de un héroe en un país distante”.²¹

El concepto de *norma* también puede ser tomado como referencia para dibujar contornos de comunidad. De la propuesta de Heller se desprende que la construcción, aplicación y sostenimiento de un cuerpo normativo es una de las maneras más eficaces con las que cuenta la humanidad para “construir” igualdad: “si se aplican las mismas normas y reglas a todos y cada uno de los miembros de toda una sociedad (independientemente de los grupos sociales a que estos miembros pertenezcan), estas normas y reglas *hacen a todos iguales* desde el punto de vista de las normas y reglas en cuestión”.²²

Tomando en cuenta la posibilidad efectiva de construir igualdad sobre la base de cuerpos normativos compartidos, esta autora ofrece un modelo “simplificado” de la realidad para entender las relaciones sociales entre miembros de colectivos distintos que poseen estructuras normativas diferentes. “Simplificado”, ya que las

²¹ Heller, Agnes. Teoría de los sentimientos. p.19

²² Heller, Agnes. Más allá de la justicia. Barcelona: Crítica, 1990. p.29

relaciones sociales son sumamente complejas y sobrepasan ampliamente cualquier enfoque teórico, pero adecuado para el objetivo de este texto.

Según Heller, dentro de cada grupo, las expectativas y las acciones (incluidos los actos de habla) se caracterizarían por la *simetría* (como ideal) ya que cada miembro espera que el otro haga por él, lo mismo que él haría por el otro. Esto por la simple y poderosa razón que ambos observan las mismas normas. Por el contrario, las expectativas y las acciones (incluidos los actos de habla) entre miembros de grupos distintos serían *asimétricas*, ya que no existen normas que garanticen conductas similares o actos recíprocos. Por lo tanto, las conductas internas y las conductas externas al grupo pueden entenderse en función a la existencia o inexistencia de mantos normativos comunes.²³

Es difícil encontrar, por lo menos dentro del mismo país o de la misma ciudad, dos grupos humanos que no se encuentren, por lo menos, tenuemente “igualados” por un manto normativo que los cubra a ambos. Lo más probable es encontrar individuos que “conocen” las normas que los igualan entre sí, pero que no las “practican” cuando se relacionan con miembros de grupos externos. Aquí la pregunta es ¿qué pasa si no existen esos mantos normativos que tienden puentes de responsabilidad entre muchos pequeños nosotros o si esos buenos deseos, pese a existir, se han convertido en letra muerta?

Dentro del esquema teórico de Heller una de las consecuencias más graves es que esos vacíos normativos nos impiden hablar de “justicias” o de “injusticias”, ya que para esta autora, “el concepto formal de justicia significa la aplicación

²³ Heller, Agnes. Más allá de la justicia. p.12

consistente y continuada de las mismas normas y reglas a todos y cada uno de los miembros del grupo social al que se aplican las normas y reglas”.²⁴

Los hallazgos aquí condensados nos permitirán apreciar cómo, paradójicamente, la facilidad de los jóvenes entrevistados para desentenderse del prójimo o del conciudadano, responde a ese temprano ejercicio de cooperación: para estos jóvenes sus responsabilidades hacia los otros no van más allá de los vínculos que han establecido en la vida. Desde la manera en que han ordenado el mundo, y entienden su funcionamiento, les resulta sumamente complicado hablar de bondad, maldad, justicia o injusticia cuando hablan de sus relaciones con personas que no pertenecen a sus comunidades locales.

RODOLFO Y EL LOCO JAVIER

Gracias al trabajo de campo pude comparar distintas trayectorias biográficas y encontrar elementos comunes. Si bien no todos los jóvenes entrevistados se unieron a sus respectivos grupos a la misma edad ni por los mismos motivos, para ilustrar el “inicio” temprano de mis observados en la construcción de vínculos en las calles tomé como caso representativo el relato de Rodolfo.

Resulta fácil de observar que para muchos niños y jóvenes, agobiados por una profunda pobreza económica, el ser parte de uno de estos grupos se convierte en una oportunidad para obtener dinero mediante el robo o la venta de artículos robados. Pero, una observación más cercana y atenta pone en evidencia que las motivaciones son mucho más complejas, como por ejemplo el deseo de lograr

²⁴ Heller, Agnes. Más allá de la justicia. p.16

algún prestigio social, el sentido de pertenencia o la búsqueda de seguridad en un entorno sumamente peligroso.

Rodolfo es un joven que al momento de la entrevista tenía 26 años y trabajaba como empleado en una empresa de cajas de productos alimenticios. Anteriormente había trabajado en gasfitería, albañilería y parchado de llantas, entre otras labores. Rodolfo fue uno de los primeros miembros de un grupo de jóvenes del distrito de La Victoria conocido como “Barraca Rebelde”. Durante la entrevista le pedí que me cuente acerca de su primer “trabajo” y me respondió que fue en el cementerio y a la edad de cinco años:

Cuando yo era chiquito me iba de frente al cementerio. Recogía estampillas, me robaba las flores del cementerio y las vendía a fuera. Yo me iba a los cajones de los muertos, me sacaba las flores y las vendía, y de ahí me recourseaba.

Le pregunté cómo un niño de cinco años pudo llegar a un cementerio que quedaba en otro distrito. Respondió que gracias a un amigo de su barrio que era de mayor edad que él:

¡Con un loco! ¡El Loco Javier! Del Porvenir. Que ahora recoge cartones. Ahorita tendrá algo de 33 años ¡por lo menos! Me veía que yo a veces a los tíos les pedía plata: “Tío, ya pe...” Él me decía: “Oe... ¿Para qué pides plata? ¡Si yo tengo plata!”, él hablaba así. “Yo tengo plata”, me decía. “¿Tu quieres ganar plata? ¡Yo te voy a hacer ganar plata!”, me dice. (...) Yo le dije: “Ya pues, ¡vamos!” Y él... o sea, me utilizaba ¿no? Pero ya después yo fui aprendiendo. Él necesitaba un pata para que le

pueda sacar las flores. Él miraba, marcaba y decía: “Ya anda, y sácate las flores y vete por allá...”, él era como campana. De lo que vendíamos él siempre se llevaba la mayor parte ¿no? Después como fui creciendo yo, él ya me daba normal. Vendía todo. Yo ya ganaba y contento. Yo nunca me compraba ropa, no me interesaba la ropa, solo el qué llevar para la casa. ¡Pa! le daba a mi mamá, y contento, ¡pa! con toda la gente.

Como se aprecia en su relato, Rodolfo aprendió a obtener dinero gracias a las enseñanzas y apoyo de un miembro de su vecindario, no de un familiar. Es importante tener en cuenta que el autor del relato no fue un niño “abandonado” que vivía y dormía en las calles, sino un niño que por una serie de factores pasaba casi la mayor parte del tiempo fuera de su casa angustiado por la pobreza que aquejaba a su familia. Durante la entrevista Rodolfo nos señaló algunos de esos factores que lo empujaron a desarrollarse precozmente en las calles: una familia de ocho hermanos, algunos de ellos drogadictos, padre ausente y madre desempleada que iba de un empleo informal a otro. También es importante subrayar que, de acuerdo al testimonio de Rodolfo, sus primeras ganancias no fueron destinadas a la compra de artículos personales, sino que se las entregaba a su madre.

Luego de esa primera experiencia “laboral”, Rodolfo contó haber elegido a sus hermanos como sus nuevos socios en la tarea de sobrevivencia en las calles, junto con los cuales practicó una nueva estrategia:

De ahí me fui a cantar en los micros con mis hermanos. Toditos mis hermanos... ¡pa! A mí siempre me agarraban, como yo era el más chibolito de todos mis hermanos... hasta ahorita yo soy el menor de todos

los hombres. Nos subíamos a los carros, ellos cantaban y yo pedía. Después nos íbamos a los restaurantes: “Oye Rodolfo, tengo hambre, entra tú pe”. Yo entraba con mi peine y con mi... no me acuerdo ya cómo se llama esa cosa que sonaba así... Yo agarraba, iba donde las parejas que estaban comiendo su pollo, comenzaba a cantar y los señores me sobaban la cabeza y... se miraban los dos la cara y me dejaban el pollo ahí. Se iban. Pagaban y se iban. Yo hacía la finta, pero no podía comer. Yo hacía la finta que iba a comer y esperaba que salieran. Cuando salían, agarraba, me acercaba a la puerta, y le silbaba a mis hermanos. Venían todos mis hermanos y ya, ahí recién comía. Siempre hacíamos eso cuando teníamos hambre, me mandaban a mí.

Empezar la construcción de nuestro modelo con el caso de Rodolfo nos permite comprender cómo una experiencia caracterizada por la temprana construcción de vínculos provoca que estos jóvenes se desentiendan fácilmente de las personas con las que no se encuentran vinculados de manera significativa.

Debido a experiencias de ese tipo, estos jóvenes consideran que la responsabilidad hacia los otros en general y los discursos como el de la solidaridad no tienen utilidad fuera de los límites de los grupos de los que se sienten parte. Como se desarrollará a lo largo de este texto, esta peculiar forma de entender el mundo se expresa en las palabras que caracterizan el vocabulario que los distingue del resto de ciudadanos.

Por ejemplo, en la jerga de estos jóvenes, la frase *salir a la cancha* significa salir a las calles a robar y la palabra *batería* es la palabra que usan para referirse a los grupos a los que ellos se suman desde niños en las esquinas de sus barrios y que

Jorge Thieroldt

nosotros –desde fuera- señalamos con la palabra *pandilla*. Ellos no hablan de sus *pandillas*, sino de sus *baterías*.

Durante la entrevista Rodolfo me contó que a él le gustaba bailar acrobáticamente y que llegó a adquirir tanta habilidad que durante un tiempo se dedicó a realizar coreografías en algunas discotecas. Ya que según su relato el baile parecía ser su actividad principal, le pregunté acerca de la primera vez que fue invitado a participar de un robo:

Un día me fui a Huascarán, estaba bailando y me dijeron: “Oe, que te crees bailarín, vamos a la cancha”, me dicen.

-¡Vamos a la cancha!

-¿Qué es eso?

-¡Vamos a fiii...! [silba y hace un gesto con la mano que significa robar]

-¡Ah... ya...! Nooo... -le digo- tengo miedo, no soy de esas cosas...

-¡Vamos pe...!

Y ya... agarre y... “Bueno, vamos”, los seguí pe ¿no?, eran cuatro. Doblamos una esquina y ya habían diez. Venían otros y ya éramos quince. Veinte... ¡Un baterión!

La experiencia de Rodolfo como precoz constructor de vínculos estuvo acompañada de un cotidiano e imperceptible aprendizaje de ese vocabulario que distingue a quienes se han socializado en las calles como él. Vocabulario que facilita el reconocimiento entre personas que ordenan el mundo de manera similar y que navegan socialmente con un esquema de solidaridades restringidas: ellos, con la seguridad que les otorgan sus compromisos mutuos (en *batería*), salen del barrio (*a la cancha*) para apropiarse de lo que encuentren en su camino.

Con respecto al acercamiento y la participación activa de un grupo, el análisis de los testimonios recogidos nos indica que estos jóvenes han pasado lentamente de haberse *encontrado por* diversas carencias e intereses a *juntarse para* disfrutar de los beneficios que reportan el ser parte de un grupo fuertemente cohesionado.

La idea es que muchos niños y jóvenes se *encuentran por* causas y motivos similares a los que tuvo Rodolfo a los cinco años, establecen vinculaciones intergeneracionales en el entorno cercano como las que Rodolfo estableció con el “Loco” Javier (un niño mayor que él) y, armados con la seguridad que otorgan los compromisos y expectativas que surgen con el establecimiento de un vínculo, inician una larga serie de peripecias cotidianas por la satisfacción de toda clase de necesidades. Aquí podemos señalar desde la identidad y el afecto, hasta la protección y la subsistencia. Luego de un espontáneo descubrimiento de ventajas colaterales, estos jóvenes empiezan a *juntarse para* disfrutar de las satisfacciones que se encuentran en, por ejemplo, las peleas colectivas con grupos similares.

EL GUERREO Y SUS RECOMPENSAS

Desde su jerga, estos jóvenes denominan *guerreo* o *guerreada* al acercamiento de dos masas de individuos provistos de objetos punzo cortantes, piedras y palos, con el objetivo de capturar a algún miembro de la masa contraria. Los que se encuentran delante de ambas masas se miran las caras, esquivan las piedras y tratan de atrapar a algún contendor. Pero, al mismo tiempo, impiden que alguno de los suyos sea absorbido.

Los grupos se llegan a acercar bastante, a veces, a escasos dos o tres metros de distancia, pero nunca el enfrentamiento es cuerpo a cuerpo. Muy raras veces

sucede eso y, cuando sucede, la confusión es generalizada, por muy breves instantes el pánico se funde con la ira, todos tratan de salvar su propio pellejo e inmediatamente los involucrados intentan volver a distanciarse. Lo hacen corriendo desesperadamente en pequeños grupos que se buscan y se van sumando hasta recomponer el colectivo.

Cuando conversamos acerca de las peleas colectivas (*guerreos*) que protagonizan los jóvenes de *pandillas* enemigas o barrios distintos desde la lejanía del recuerdo y frente a alguien que maneja otros horizontes normativos (yo), los entrevistados aseguraron que la mayoría de las veces se producen por “tonterías”. Pero, al mismo tiempo, una atenta lectura de sus testimonios y una sostenida observación de sus actos, demuestra que le otorgan una gran importancia al desarrollo del conflicto en sí mismo.

Desde un primer nivel de análisis se puede afirmar que las colectivas peleas que protagonizan los grupos de jóvenes considerados *pandilleros* tienen su origen en los compromisos que resultan de la articulación de redes de ayuda mutua construidas por los jóvenes de un mismo vecindario desde muy pequeños. La naturaleza e importancia de estos vínculos facilitaría que los conflictos individuales sean asumidos rápidamente por los colectivos que hay detrás de cada uno de los contendores.

Franchesco es un joven que en el momento de la entrevista tenía 19 años, él nos contó que había crecido en el Callao, pero que gracias a vínculos familiares ha vivido varios años en el distrito de La Victoria, lo que le permitió ser miembro del grupo “Barraca Rebelde”. En la época en que fue tomado su testimonio, este joven se ganaba la vida micro comercializando drogas. Cuando conversé con él

acerca de las peleas entre personas de barrios distintos, su explicación puso énfasis en las fuertes expectativas normativas y emocionales que existen entre quienes cooperan cotidianamente:

¡Es gente que siempre ha estado contigo pe! Ponte por ejemplo, si yo paro con él, no me gusta que a él le peguen pe, ¡ni cagando! ¡voy y le pego pe...! ¡Es que la gente del barrio es desde chibola pe! Por ejemplo, hay varios huevones que son hijos únicos. No tienes hermanos, tú tienes tu causa, tu pataza que es de tu barrio, que es como tu hermano, entonces, cuando le pasa algo a él, te duele ¿no es cierto? Y si tú puedes ayudarlo en algo, lo haces ¿no es cierto? ¡Eso es el barrio pe!

Apadrinar es la palabra con la que estos jóvenes designan la intervención de un tercero que tiene como misión restablecer el equilibrio en una relación que en opinión de los involucrados ha tomado matices de abuso. Acción que la mayoría de veces termina generando un nuevo desequilibrio mediante un nuevo abuso. Con este término se describe la acción de un tercero “justiciero”. Franchesco nos explicó cómo funciona esta dinámica de prestaciones de ayuda mutua celebrada, por lo general, de manera intergeneracional:

Por ejemplo ya, tú eres mi pata. Yo me mecho, alguien me pega. Yo sé que tú mechas más que yo y te digo: “¿Sabes qué? ¡Me han chancado!”... “¿Quién te ha chancado ¡Está huevón! ¡Tú eres mi pata! ¡Está huevón!” Tú vas y me apadrinas: “¿Tú por qué le has pegado a mi pata? ¿Te crees pendejo?” Tú lo chancas. Ya, ese huevón trae a su padrino. Ya, tu eres su padrino, te chancan a tí. Tú, como ya eres más viejo, más peso, traes a tu

Jorge Thieroldt

padrino, los chanca... ¡y ya! ¡se mete el barrio! ¡y se mete el otro barrio!
Y así comienza la bronca de barrio pe.

La práctica de estos *padrinazgos* (así como la existencia y el uso de la palabra en sí misma) ilustra perfectamente cómo las *brincas de barrio* o *guerreos* son, en el fondo, el resultado de la articulación colectiva de pequeños compromisos individuales. Además, el *padrinazgo* puede ser entendido como una forma institucionalizada de transmitir de una generación a otra los conocimientos y las soluciones desarrolladas entre agentes socializados de la misma manera, que han abrazado elementos identitarios comunes y que han tomado decisiones parecidas.

Como se puede apreciar, según las explicaciones que nuestros observados nos ofrecen sobre sus propios actos, importa poco el origen del conflicto en el que se hayan involucrado sus compañeros de grupo, lo que realmente importa es respaldar al compañero frente a una situación de peligro. En el futuro se va a esperar la misma reacción por parte del resto del grupo. Algunos de los entrevistados fueron bastante claros al explicar que literalmente cualquier cosa puede provocar que dos redes se enfrasquen en un conflicto violento: roces dentro de una fiesta, silbidos en la calle a la pareja o un intento de asalto. Tengamos en cuenta que la seguridad frente a las agresiones con las que se pueden tropezar en las calles fue una de las primeras necesidades que los jóvenes entrevistados aprendieron a satisfacer con el establecimiento de importantes vínculos tempranos.

Desde un segundo nivel de análisis podemos construir una explicación más cercana a la realidad de estos jóvenes si tenemos en cuenta que, dentro y al

rededor de cualquier actividad social con objetivos aparentemente precisos o específicos, existe una gran cantidad de “recompensas colaterales”.

Sobre la base de los testimonios y de lo observado, se puede señalar una larga lista de satisfacciones que estos jóvenes encuentran y descubren participando de violentos enfrentamientos colectivos. Estas peleas se convierten en momentos en los que se puede trabajar con el cuerpo y experimentar sensaciones que difícilmente se encuentran en otros momentos de la vida cotidiana: esquivar piedras, sentir dolor o causarle daño a un otro desconocido. Además, se encuentra la posibilidad de sentirse poderoso gracias al respaldo de un colectivo dispuesto a todo: los participantes pueden sentir poder, más allá de la edad, de los atributos físicos o de la condición económica.

Los recuerdos de los jóvenes entrevistados coinciden en que las generaciones anteriores de sus vecindarios ya protagonizaban frecuentes enfrentamientos con miembros de barrios cercanos. También coinciden en cómo se fueron acercando a dichas actividades, llegando a encontrar placer al participar en ellas. Franchesco fue bastante expresivo al recordar sus primeras incursiones:

Yo iba desde chibolo, de sapo iba. Me botaban ¿ah? A mí me botaban de mi barrio del Callao, me botaban. Y yo de sapo iba. De sapo. Y comenzaba a tirar piedras. Así, de atrás, de al último, de los que tiran de al último, de los que ven algo y se corren, una huevada así. De ahí poquito a poquito me gustó la huevada y ¡po! ¡po! ¡po! y ¡pum!

Hay que agregar que los *guerreos* ofrecen la posibilidad de conseguir prestigio y escapar del anonimato. Lo primero que hace un niño recién iniciado en estas

luchas colectivas, cuando finalmente logra estar en primera fila (gracias al entrenamiento constante y la consecuente habilidad para manejar el miedo) es gritar su nombre junto con el nombre de su barrio o *pandilla* frente a los contrincantes. Es una de sus pocas maneras de “existir” frente a un otro enemigo o frente a los otros que se consideran significativos. Una de las pocas maneras de ser considerado alguien “importante” por los amigos del barrio.

Finalmente, podemos agregar también a nuestra lista, la posibilidad de construir colectivamente una especie de institucionalización incipiente. Al participar de violentos enfrentamientos colectivos, estos jóvenes pueden construir de manera imaginaria un pasado glorioso en el que han luchado otros hombres que crecieron en el mismo lugar y que ven el mundo de la misma manera.

LENGUAJE Y VALORACIÓN: SANOS Y SOLOS

Nosotros y los jóvenes entrevistados sabemos perfectamente que somos dueños de nuestras decisiones y que nuestras acciones responden a motivaciones totalmente particulares. Incluso, sabemos que al cooperar lo hacemos teniendo siempre un margen de maniobra que nos permite desentendernos de compromisos o mandatos previos cuando estos resultan incómodos.

En el caso específico de los jóvenes *pandilleros*, existe todo un sistema de recompensas, sanciones y obligaciones alrededor de quienes sí cooperan juntos y de quienes optan por no cooperar. Sistema de valoraciones cuya huella está registrada en la jerga de estos jóvenes.

Uno de los datos que me interesó registrar durante las entrevistas fue la percepción que tenían estos jóvenes acerca de sus pares generacionales que, viviendo en la misma cuadra o vecindario, no participaban en los violentos enfrentamientos colectivos que a veces se celebraban.

En la jerga de los jóvenes entrevistados, la palabra *sano* sirve para referirse a aquel chico que no participa de las típicas actividades de una *pandilla*. Y si es que alguna vez lo hubiera hecho, consideran que lo hizo por compromiso, sin ninguna convicción, y al término de su actuación no le quedaron ganas de volver a hacerlo. Podemos decir que con esa palabra estarían siendo etiquetados aquellos jóvenes que, a pesar de vivir en los mismos barrios pobres y peligrosos, sus apuestas de vida se mantienen dentro de lo socialmente aceptado.

Tenemos que advertir que aquellos jóvenes considerados *sanos* reciben ese adjetivo calificativo principalmente en función de la mezcla de satisfactores elegidos por ellos: no hacen cosas que la ciudadanía reprueba. Esto no quiere decir que las relaciones con estos jóvenes sean difíciles o inexistentes. Existen vínculos entre los jóvenes considerados *sanos* y los miembros de la *pandilla*, pero estos vínculos son débiles con respecto a la importancia y frecuencia de los intercambios. Teóricamente podemos afirmar que entre las partes no hay mayores obligaciones y se podría decir que el nivel afectivo es bajo.

Solo es el término con el que los miembros de una *pandilla* sancionan a aquel vecino que está totalmente desvinculado con ellos y que no demuestra ningún interés por vincularse. Es fácil deducir que los jóvenes considerados *solos* no reciben el mismo trato que los jóvenes considerados *sanos*, ya que en opinión de los entrevistados, se trata de vecinos que con sus actos parecen decirles que no

los necesitan, que tienen otros intereses, que a ellos no les importa ni sus vidas ni sus destinos. Mientras la sociedad considera a los jóvenes *solos* como “tranquilos” por ser lo opuesto a sus peligrosos vecinos, ellos los consideran “sobrados”, es decir autosuficientes y hasta “soberbios”, ya que ni siquiera les hablan.

Resulta elocuente la utilización de palabras como *sano* y *solo* por parte de los entrevistados para señalar a los jóvenes *no pandilleros* de sus barrios. En el especial lenguaje que manejan para referirse a su realidad social particular y distintiva, no existe palabra alguna para referirse a sí mismos, mientras que en el de fuera (el nuestro) usamos el término *pandillero*. La utilización de una palabra que evoca salud (*sano*) y otra que refiere a individuos que no necesitan construir redes (*solo*), permite suponer que en alguna medida se consideran a sí mismos fuera de una “normalidad” que desearían disfrutar.

PARTICIPACIÓN, RECONOCIMIENTO Y SALIDA

Cuando nos acercamos por primera vez a jóvenes que son considerados *pandilleros*, ya sea en persona o mediante lo escrito en prensa, resulta irresistible preguntarse por el tema del liderazgo. Lo primero que viene a nuestras mentes cuando pensamos en el rol de un líder es la palabra “mando”. Imaginamos a alguien que ocupa una especie de cargo desde donde ostenta la facultad de disponer del resto.

Esas mismas imágenes también están en las mentes de los jóvenes en cuestión, así que cuando se comienza a indagar acerca del individuo que posee ese supuesto don de mando, lo más probable es que obtengamos un respuesta del

tipo: “*aquí nadie manda a nadie, aquí somos todos*”. No obstante declaraciones de ese tipo, en todo grupo humano podemos identificar sujetos dueños de características que usualmente clasificamos bajo la palabra *liderazgo*.

Lo que sucede es que la naturaleza de ese heterogéneo colectivo generacional que denominamos *pandilla* no es otra que la de servir como satisfactor a un número indeterminado de necesidades. No podemos olvidar que estamos hablando de un grupo humano en donde no hay recursos que administrar, ni voluntades que doblegar.

No he encontrado palabras en el lenguaje de los jóvenes denominados *pandilleros* para señalar personas en puestos claves. No existe ninguna palabra del tipo “jefe”. Se puede afirmar que dentro de estos grupos de jóvenes se vive una especie de ilusión de igualdad y solidaridad. No hay palabras para señalar personas de carne y hueso. Solo palabras para expresar el ideal y su opuesto.

La palabra *parador* expresa la categoría ideal del compañero, lo que todos debieran ser. La palabra viene de “estar parado”, “detenido”. De “parar” o “detener” al barrio rival. En los combates callejeros los jóvenes que siempre están adelante son señalados por el resto de esa manera. Se trata de los compañeros que en esas circunstancias representan el máximo de seguridad posible. De ellos se espera que no corran (pase lo que pase, esté quien esté al frente), que no permitan que capturen a algún miembro del grupo, que recojan del suelo a los caídos antes que llegue la turba contraria. Así se denomina a los que más se ajustan a la norma ideal de reciprocidad.

Dentro de la jerga de estos jóvenes, la palabra *aflojar* es el antónimo de la palabra *parar*. *Aflojador* o *aflojón* es la palabra que designa a aquellos en los que no se puede confiar en una situación de peligro. Aquellos que nunca están ni remotamente cerca de la primera línea o aquellos que desaparecen rápidamente de la escena cuando las cosas parecen complicarse.

Hay que tener en cuenta que *parador* es una palabra que el colectivo utiliza para recompensar al compañero. Nadie utiliza esa palabra para referirse a sí mismo. Tampoco se dice frente a frente. Es un tributo que sirve para recompensar a un ausente ante terceros. Es usual escuchar que alguien diga de un compañero que no está presente algo así como: “ese pata es *paradorazo*”. Pero nunca le va a decir “tú eres un *parador*”, a menos que se trate de un sarcasmo. Lo que sí vamos a escuchar es: “aquí todos *paramos*”, con la intención de decir que todos son iguales, que en ese barrio todos se involucran de la misma manera. También es posible escuchar “allá todos *paran*” cuando se habla de otro barrio, enemigo o amigo, como una especie de reconocimiento al valor ajeno. Algo así como: “yo lo pensaría dos veces antes de ir hacia allá”.

Es importante anotar que nadie es *parador* a solas. La noción de *parador*, en tanto ideal, pertenece a una dimensión más colectiva que individual. El *parador* necesita otros *paradores* como él a su lado y una masa de gente detrás. Los jóvenes considerados *paradores* no acuden a una pelea sin otros jóvenes a su lado que ellos también consideren como *paradores*. Saben que por más admiración que les tenga el colectivo, muy pocos van a tener el valor de recogerlos del piso segundos antes que lleguen los enemigos.

Hasta aquí, hemos apreciado cómo una de las recompensas que pueden encontrar los participantes de estas actividades es el reconocimiento. El *guerreo* es aquel momento especial en donde se reafirma la existencia social que se obtiene al ser parte de una red de intercambios. Quien no participa no es aplaudido, no es valorado socialmente por sus pares.

Así como el ingreso al grupo consisten un largo y emocionante proceso de vinculaciones y compromisos, se puede afirmar que la salida es otro largo proceso en el cual la intensidad y la frecuencia de los intercambios va disminuyendo hasta lograr cierta “independencia” frente al grupo. En la jerga de la cárcel *plantarse* significa abandonar las actividades delictivas. Palabra que nos hace pensar en algún jugador de cartas que decide ya no seguir arriesgando. En el caso específico de la jerga de estos jóvenes, y desde la perspectiva de las recompensas colaterales, se puede decir que esta palabra (*plantarse*) les sirve para señalar aquel momento en el que finalmente la prudencia le ganó a la fascinación.

Adrián es un joven que al momento de la entrevista tenía 20 años, trabajaba en una fábrica de cartones y pertenecía a un grupo conocido como “Los Caciques” en el que se reúnen decenas de jóvenes que habitan en la Urbanización Palermo, en el Cercado de Lima. Con este joven conversé sobre el momento del retiro y le pregunté qué pasaría si se encuentra con un ex rival:

Si tú sigues en pandillaje, y yo sigo en pandillaje, entonces te puedo cagar. Pero si yo me abro de la pandilla, también formo mi familia y él tiene su familia... ya puta pe: ¡ya pasó! ¡qué lo voy a cagar! ¡me meten preso! ¿y a mi familia quién la va a mantener? ¡ah no...!

Lo primero que tenemos que advertir es que al imaginar el momento de su salida del grupo se ubicó del lado de la “normalidad”, como si hubiera abandonado una esfera separada y hubiera ingresado en otro mundo. Lo que se evidencia en el uso de esa palabra con la que la prensa, la policía y la ciudadanía en general describe sus actividades actuales: *pandillaje*.

También resulta interesante cómo para Adrián el *pandillaje* es una etapa más en su vida. Al parecer en su opinión se trata de una de las tantas maneras que existen de ser joven. Otro elemento importante es que este joven considera que una de las señales más objetivas que marcan el final de la participación de actividades como el *guerreo*, es la conformación de una familia. Adrián nos describe la aparición de otros vínculos de responsabilidad en su vida (*¿y a mi familia quién la va a mantener?*). Nuevos vínculos (nuevos compromisos) que lo obligan a cuestionar el presente y pensar en el futuro. Y, como resultado de ese proceso reflexivo, decide no seguir corriendo riesgos que dentro del nuevo panorama resultan innecesarios.

Recordemos que, en el juego de intercambios recíprocos que practican los jóvenes entrevistados, el nivel de reconocimiento (el acercarse o el alejarse del ideal del *parador*) depende del nivel de entrega hacia el colectivo. Participar es intercambiar, e intercambiar es comprometerse. En opinión de los jóvenes entrevistados, al alejarse del grupo, quienes participaron activamente tienen mucho de qué sentirse orgullosos.

Paulo es un joven que en el momento de la entrevista tenía 22 años, vivía en el distrito de La Victoria y también era parte del grupo “Barraca Rebelde”. Durante

la entrevista, este joven expresó muy bien el malestar que experimenta el resto de los compañeros frente a la salida de alguien significativo, aunque se sabe que es “normal” ya que tarde o temprano todos van a tomar esa decisión:

La gente también ve que cuando el hombre ya está pe... ¡ya fue! Ya sabe que ya está en otras cosas... Ya no le pide más pe. Pero la clase siempre queda pe. Como un jugador pe: se retira, pero siempre le queda la clase.

De acuerdo a la explicación de este joven, el nivel de exigencias del grupo disminuye (*ya no le pide más*) al mismo tiempo que disminuye el cumplimiento de los compromisos por parte del nuevo prudente. Para Paulo, quienes se retiran del “juego” tienen ahora algo que contar a las nuevas generaciones: tuvieron un pasado glorioso, saborearon la fama, y se convirtieron en parte de la historia del barrio (*la clase siempre queda*).

EL BARRIO Y LOS ATORRANTES

Debido a la gran importancia que tienen las relaciones de cooperación en la vida de los jóvenes observados, las palabras que distinguen su forma de hablar expresan claramente cercanías y distancias en función de las expectativas depositadas en las personas con quienes se van relacionando cotidianamente. Dicha experiencia de vida se evidencia en cómo estos jóvenes clasifican a los distintos miembros de sus vecindarios (adultos, jóvenes, mujeres y niños) y en general a todos aquellos con los que interactúan socialmente.

La noción de *barrio* que manejan estos jóvenes es una noción mucho más humana que geográfica y está fuertemente asociada con esas pequeñas

comunidades que han tejido. Esto hace que al pensar en su concepción de *barrio*, piensen en un mundo social cerrado en sí mismo y radicalmente distinto al resto de sociedad que queda fuera de sus límites.

Barrio es una palabra con la que estos jóvenes tratan de manera afectuosa y cercana al conocido. La usan para saludarse entre sí quienes son amigos. Es una palabra que tiene como sustancia principal una solución permanente a un problema permanente: la importancia de la construcción de vínculos de intercambio para la sobrevivencia en las ciudades. Esta palabra es halago y advertencia a la vez. Se trata de un halago en tanto el que es tratado de esa manera es considerado como igual, como un otro significativo con el que hay compromisos y responsabilidades, tal vez de muy baja intensidad, pero la suficiente como para desarrollar una interacción agradable.

Pero esta palabra contiene también una advertencia velada. Quienes la utilizan cuentan con grupos de respaldo que los apoyarían en caso de solicitar ayuda. Cuando dos grupos de jóvenes se encuentran al borde de la agresión mutua se evidencia con claridad este sentido de la palabra. Por lo general quienes toman la iniciativa de asumir el rol de mediadores, se tratan mutuamente de *barrio*. En este caso se trata de un intento por hacer ver que ambas partes cuentan con redes extensas a las que se podría acudir para prolongar, en el tiempo y el espacio, el conflicto que está a punto de estallar. Es una especie de llamado a la razón del tipo: “aquí todos sabemos que, pase lo que pase, van a haber represalias y también sabemos que, en cierto sentido, no nos conviene”.

El antónimo de la palabra anterior es la palabra *atorrante*. En líneas generales, con la palabra *atorrante* se sanciona al compañero que defrauda las expectativas

de la contraparte. Se trata de la palabra que sirve para explicitar el incumplimiento de la norma (ideal) más importante: la reciprocidad. Es la palabra que una vez pronunciada desvanece la magia en torno a estos vínculos sociales de función múltiple.

El colectivo barrial señala de esa manera a aquel que pone en riesgo la supuesta armonía que debe reinar en la red. Cuando alguien asalta a alguien del barrio o golpea a los menores, es estigmatizado con el término *atorrante*. Ser considerado así por la comunidad local es sumamente grave. Se le considera un verdadero peligro ya que no es capaz, siquiera, de respetar las elementales normas construidas en la intimidad del barrio. En resumen, dentro de este campo social un *atorrante* es un sujeto públicamente ganado por el autointerés.

Hay que tener en cuenta que también se trata de una palabra frecuente para juzgar interacciones no trascendentales. Al parecer esta palabra se ha trasladado, de su función original como sanción para faltas graves, al lenguaje de la vida cotidiana, ámbito en donde sirve para sancionar con humor los pequeños egoísmos. Por ejemplo, cuando no se deja que el compañero tome un trago de la misma bebida o no se comparten las galletas.

Pero cuando el sujeto se siente defraudado en un episodio de trascendencia (como por ejemplo haber sido abandonado en las calles frente a los enemigos o no haber sido defendido de las reacciones violentas de una víctima de robo) esta palabra vuelve a su función original y sirve para manifestar la rabia y la indignación. No solo el significante y el significado pueden llegar a ser distintivos, un tercer elemento es la carga emocional con la que se utilizan las palabras.

SOLIDARIDADES RESTRINGIDAS Y SOSPECHAS

“Culpa”, en su calidad de sentimiento que nos advierte que no hemos obrado de acuerdo a norma (que no hemos hecho lo que se esperaba), puede ser considerado un sentimiento “reparador”. Pero, ¿qué sucede cuando se trata de relaciones entre individuos que no se consideran parte de la misma comunidad? ¿qué pasa cuando no hay un vínculo previo que reparar?

Lo que se evidencia en las actividades distintivas de los jóvenes considerados *pandilleros* (las peleas y los robos) es que sus vínculos de responsabilidad más allá del grupo son demasiado escasos y limitados. En el caso de los *guerreos* estos jóvenes aseguran no sentir ninguna “culpa” cuando lastiman a alguien del grupo contrario. Argumentan que se trata de una actividad en la que se participa “voluntariamente” y en la que todos los participantes se atienen a las “consecuencias”.

En el caso de los robos encontramos el mismo mecanismo: les resulta muy fácil desentenderse de quienes no conocen. Con la palabra *parroquiano* estos jóvenes señalan a los otros en general que ante sus ojos califican como potenciales víctimas de asalto. Si bien se trata de una palabra muy poco usada en el lenguaje corriente, es hallada con facilidad en las noticias policiales de la prensa escrita. La palabra *parroquiano* evoca la imagen de alguien que se encuentra de paso, en calidad de cliente en algún local comercial, o de concurrente en alguna ceremonia religiosa.

Los jóvenes entrevistados aprenden a utilizar esta palabra para señalar a esos anónimos ciudadanos con los cuales no existe ningún tipo de responsabilidades previas. Se podría decir que con esa palabra se refieren a quienes no cuentan con redes barriales de auto defensa y ayuda mutua (*solos*) o a quienes no se han socializado en las calles como ellos (*sanos*).

Se ha señalado que la experiencia temprana de los jóvenes entrevistados ha estado fuertemente marcada por la construcción de importantes vínculos de intercambio con personas del entorno cercano, del mismo vecindario, pero ajenas a la esfera familiar. Esta experiencia temprana ha generado en ellos un contradictorio sentido de “independencia”, ya que ganan un considerable margen de independencia frente a sus familiares, pero para mantener ese margen necesitan el apoyo de un colectivo: el grupo de pares se convierte en el satisfactor para gran parte de sus necesidades.

Se puede afirmar que en esta experiencia temprana los jóvenes en cuestión aprendieron básicamente dos cosas. Primero, que en esta vida hay que construir vínculos de intercambio para sobrevivir. Segundo, que sus responsabilidades y compromisos no van más allá de sus relaciones cara a cara.

El primero de los aprendizajes, la importancia de los vínculos, explica esa exagerada dimensión colectiva que los distingue del resto de ciudadanos. Se saludan empleando la palabra *barrio* y no demoran en articular una larga lista con las “bondades” de una vida en comunidad: defensa colectiva, confianza, reciprocidad, lealtad, etc.

Al mismo tiempo, el segundo de los aprendizajes, el de las responsabilidades limitadas, explica el nivel de desconfianza y sospecha que caracteriza su percepción de las relaciones sociales. De acuerdo a sus experiencias, consolidar un conglomerado de relaciones implica necesariamente una ruptura con el exterior y, en este sentido, se entrenan en el manejo de solidaridades restringidas. Aprenden desde muy pequeños a sobrevivir en función a un otro desconocido al que se le roba, se le vende algo o se le golpea (o a la inversa: que nos roba, que nos vende algo o que nos golpea).

Esto hace que esa solidaridad vivida en el interior del grupo sea parcial. En el fondo de ellos está instalada la sospecha, ya que “aprovecharse” del prójimo es una estrategia empleada hacia fuera, pero, ¿qué podría evitar efectivamente que se emplee hacia dentro? Las normas son solo expectativas, deseos compartidos. Al fin y al cabo, entre ellos no hay reglas escritas ni instancias superiores. Se trata de una negociación constante. Así las cosas, estos jóvenes saben que cualquiera del grupo podría *atorrantearse* y actuar con ellos como se actúa con cualquier *parroquiano*.

Esta característica nos permite entender también por qué es que hay tanto peligro alrededor de sus vecindarios. Así como ellos construyeron desde sus esquinas un mundo lleno de muchos otros generales y muy pocos otros importantes, sus vecinos han hecho lo mismo. La paradoja aquí es la siguiente: al mismo tiempo que dentro de ese contexto la desconfianza aparece como algo natural e incuestionable, ese mismo contexto de desconfianza hace que los involucrados le asignen gran valor e importancia a los pocos vínculos significativos.

Esa sospecha instalada explica cómo estos jóvenes pueden darnos convincentes argumentos a favor de la vida en comunidad y, segundos después, pueden afirmar que “en esta vida no se puede confiar en nadie”. Explica también cómo en ellos coexiste la ilusión de la solidaridad junto con la ilusión de convertirse en personas totalmente independientes (de cualquier grupo).

CONEXIONES FINALES

En este texto he presentado un caso en el cual individuos que viven dentro de una misma ciudad tienen grandes dificultades para imaginar vínculos de responsabilidad entre sí, condición necesaria para la circulación y apropiación de discursos más abstractos y generales. Las experiencias de socialización primaria de estos jóvenes nos indican que, sin intenciones previas de cálculo, se han desentendido de una gran cantidad de ciudadanos. Tan cotidianamente, que sus relatos autobiográficos y mis observaciones de campo me indican que lo primero que hicieron al salir de sus casas fue cooperar, los conflictos vinieron después, como una consecuencia “natural” de esos iniciales ejercicios de cooperación.

Desde este punto de vista, se puede afirmar que una *pandilla* es más una peculiar forma de relacionarse que un grupo sólidamente estructurado. Esta forma de relacionarse pasa de, *encontrarse por* diversas causas y asumir colectivamente conflictos individuales, a *juntarse para* disfrutar los múltiples beneficios de un colectivo y sus enfrentamientos con otros grupos similares.

La lógica de compromisos selectivos con la que estos jóvenes navegan socialmente provoca que se pierda lo que dentro del esquema teórico de Heller constituye una de las posibilidades más eficaces de “construir” igualdad.

Utilizando las palabras de los jóvenes entrevistados podemos afirmar que diariamente cientos de niños en nuestra ciudad construyen una sociedad de *paradores*, en la que los que quedan fuera de los límites de la pequeña comunidad local son simples *parroquianos* o *sanos* desconocidos.

Utilizando el esquema teórico de Alexander podemos afirmar que la palabra *pandillero* es parte de ese elaborado código simbólico que la sociedad civil emplea para señalar quién es amigo y quién enemigo. Con esta palabra hablamos de jóvenes de bajos recursos económicos que construyen sociedades cerradas, desconfían de sus semejantes, personalizan sus lealtades, y no manifiestan conformidad con las normas que nos igualan (aunque no sean los únicos ciudadanos que privilegian sus compromisos personales y sus intereses individuales).

Es cierto que la jerga que los distingue les sirve para dar cuenta del peculiar mundo de vinculaciones y desvinculaciones que han construido. En este sentido, estas palabras son el resultado de prácticas sociales distintas. Pero también es cierto que las palabras sirven para pensar, aprehender, ordenar y limitar nuestra manera de ver el mundo. Aprender desde pequeño a dividir la sociedad entre *paradores* y *parroquianos* dificulta la expansión y el fortalecimiento de esos sentidos de pertenencia de mayor amplitud que nos permiten asumir compromisos con personas distantes y diferentes.

El común denominador de las palabras que caracterizan la jerga de estos jóvenes es esa lógica de compromisos hacia adentro y desconexiones hacia afuera. En dos dimensiones: normativa y emotiva. Por ejemplo, *abasar* es la palabra que usan para expresar que, las personas con una socialización similar a la de ellos, se

sienten seguras dentro de los límites de sus barrios porque saben que ahí cuentan con el “apoyo” de los vecinos. *Apeligrarse* es la palabra que les sirve para señalar el cuadro emocional que embarga a alguien que actúa como si tuviera que “defenderse” contra todos: o de manera agresiva y confrontacional o de manera temerosa y huidiza. Tanto ellos, como los *parroquianos*, se *apeligran* de vez en cuando.

Es muy difícil determinar cuántos jóvenes *pandilleros* hay en Lima. Según los cálculos realizados por la Policía Nacional del Perú, en el año 2000 existían en nuestra ciudad doce mil jóvenes agrupados en 395 *pandillas*.²⁵ Por el contrario, es muy sencillo comprobar cómo el lenguaje de grupo cerrado que manejan estos jóvenes, y la producción estética que realizan, resultan extremadamente útiles para que otros jóvenes y adultos *no pandilleros* expresen la desconfianza que sienten hacia los otros en general y su desprecio frente a ese manto normativo común que tendría que “igualarnos”.

En 1998 tuve la oportunidad de observar un diagnóstico de valores con jóvenes que pertenecían a grupos del distrito de La Victoria y del Agustino. En aquella ocasión les pregunté qué harían ellos si fueran presidentes del país. Casi todas las respuestas obtenidas indicaban lo mismo: el descrédito del quehacer político y el pesimismo frente al futuro. Sin embargo, una de las respuestas resaltó sobre las demás por reflejar mejor cómo estos jóvenes hablan cotidianamente: si fuera presidente “*chapo todo el billete que pueda y saco la vuelta pues en este país no*

²⁵ Diario *La República*, domingo 9 de julio del 2000.

se hace nada”.²⁶ Cinco años después, ya en el 2003, leí en la carátula de un periódico de bajo costo que se caracteriza por escribir lo más parecido posible a la forma de hablar de los sectores populares: “*General estafó a 25 mil tombos. Con cuento de la casa propia chapó más de medio palo verde de mutual. Investigación PNP establece que mal oficial Guillermo Cáceres ya fugó a Miami*”.²⁷

Chapar es una de las palabras más usadas por los jóvenes entrevistados porque es sinónimo de “agarrar”: *chapar* piedras, palos o cuchillos, *chapar* a alguien por el cuello, *chapar* un reloj y salir corriendo, etc. *Sacar la vuelta* es, también, una de las frases más usadas por estos jóvenes, ya que significa literalmente “abandonar la escena” o “huir”. Se *saca la vuelta* luego de un robo, o cuando se llevó la peor parte en algún conflicto violento. En el caso del titular de periódico, el general, después de *chapar* medio millón de dólares, *sacó la vuelta* a Miami.

Es usual que los jóvenes *pandilleros* se dibujen a sí mismos en las paredes de sus barrios luciendo gorras de béisbol, pantalones bastante anchos, sean cortos o largos, y chompas holgadas, dos o tres tallas mayores de las que necesitan. Pude obtener un ejemplo de esta auto representación cuando un joven *pandillero* participó de un taller de arte y dibujó una historieta acerca de la vida cotidiana en su barrio. La viñeta que adjunto representa el momento cumbre de un *guerreo* en el que dos grupos se acercan a muy pocos metros de distancia (**ver figura 1**). Esta forma de representarse gráficamente también se encuentra como tatuaje en los cuerpos de algunos de estos jóvenes (**ver figura 2**).

²⁶ Thieroldt, Jorge. Entre la lealtad y la deslealtad: modelos y valores de un grupo de barristas de Comando Sur. EN: Revista *Debates en Sociología*, N° 23-24. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999.

Luego de iniciada la investigación que se condensa en estas páginas, me llamó la atención el apareamiento de calcomanías en las unidades de transporte público en las que se dibuja un joven vestido de igual manera que los jóvenes *pandilleros*, orinando en la calle o haciendo gestos agresivos con los dedos de la mano (ver figuras 3 y 4). Imagen que también aparece estampada en polos o bordada en pantalones. A veces, este dibujo es acompañado de la frase *habla barrio* (ver figuras 5 y 6).

Con esto no trato de dar a entender que todos los conductores y cobradores de microbús en Lima participen de la dinámica de alguna *pandilla* barrial (aunque uno de los trabajos más usuales entre mis entrevistados halla sido el de cobrador de combi), lo que intento resaltar es que la producción simbólica de los jóvenes entrevistados le sirve a muchos otros ciudadanos (sin distinciones de edad) para proclamar públicamente cómo quieren ser mirados, cómo y en qué términos se van a relacionar con los demás.

Otro aspecto que llamó mi atención fue la dificultad que tenían muchos de estos jóvenes para imaginar la posibilidad de actos solidarios o desinteresados en beneficio de “todos”, no solo de alguien en particular o de unos pocos. En cierta oportunidad, un joven del Callao me hizo el siguiente comentario: “*Yo no creo lo que dicen de Bolognesi o lo que dicen de Alfonso Ugarte... ¡No va a quemar el último cartucho! O qué ¿lo va a guardar de recuerdo? Ta’ que si estoy en peligro me defiando hasta con piedras, no entiendo por qué lo han hecho héroe, en mi barrio hacemos eso todos los días. ¡Se va a tirar por defender la bandera!*”

²⁷ Diario *El Popular*, miércoles 21 de mayo del 2003.

Jorge Thieroldt

*Ese huevón fue un traidor, lo que pasa es que les fue a vender la bandera a los chilenos pero lo descubrieron los peruanos...”*²⁸

Resulta claro que este joven se encuentra cuestionando las acciones de los héroes nacionales desde su propia experiencia de vida. De acuerdo con Sidney Verba, la socialización en grupos primarios o pequeños, de contactos cara a cara, desempeña un importante papel ya que en ellos los individuos forman las predisposiciones que llevan consigo cuando participan en los asuntos políticos.²⁹

Es posible que experiencias de vida caracterizadas por el desprecio hacia los mantos normativos comunes (sea como actores directos o como espectadores de las conductas de otros), expliquen por qué, para muchos ciudadanos (*pandilleros* o *no pandilleros*), la única solución a los problemas del país sea un gobierno autoritario. Exigir, aceptar y apoyar figuras tiránicas puede interpretarse como manifestación de la desconfianza que muchos ciudadanos tienen sobre ellos mismos, en tanto les parecería muy difícil asumir y respetar compromisos que estarían sobre sus intereses particulares.

²⁸ Thieroldt, Jorge. Escuela: Participación y Construcción. EN: *De la Exclusión a la Inclusión: Derecho a la Participación y la Educación*. Lima: Comisión Nacional por los Derechos de las Niñas, los Niños y los Adolescentes, 1999.

²⁹ Verba, Sidney. El liderazgo, grupos y conducta política. Madrid: Ediciones Rialp, 1968. p.45